

Pentecostés

1. El Pentecostés - historia y primer pentecostés cristiano

Pentecostés, en griego, quiere decir "50 días después" de la Pascua. El Pentecostés era, en su origen, una fiesta agrícola (la fiesta de la cosecha). En la antigüedad toda la ceremonia se realizaba en el campo. Al correr de los años se fue integrando al culto. La ceremonia empezaba con una peregrinación del pueblo hasta el lugar de la fiesta. Distinta a la fiesta de Pascua, que era doméstica, la fiesta de la cosecha era una auténtica asamblea del pueblo de Dios. Es importante mencionar que esta fiesta se había convertido en la fiesta de la renovación de la Alianza que recordaba cuando Moisés recibió el Decálogo de la mano de Dios.

Para el pueblo cristiano, la fiesta está relacionada con los hechos sucedidos hace más de 2000 años en un día de Pentecostés, en Jerusalén. Fue allí, cuando estaban los discípulos reunidos en el mismo lugar" .. *De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en la que se encontraban. Se les aparecieron una lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse.*" (Hecho 2.1-4). Enseguida, cuando llamada por aquel ruido, vino la multitud. Pedro les habló sobre la vida, misión, muerte y resurrección de Jesús, terminando con la afirmativa de que aquel a quien habían crucificado Dios lo había hecho Señor y Cristo.

Los hombres y mujeres que escucharon y creyeron este mensaje formaron una nueva comunidad, unida por una sola fe común y por un nuevo y creativo estilo de vida. Por medio de la acción del Espíritu Santo nació allí la Iglesia Cristiana.

El Espíritu Santo es la fuerza, el poder de Dios, el aliento de vida. Es el poder que resucita la vida perdida, desanimada, deprimida...

Dios se reveló primero por intermedio del Espíritu en la creación de cielo y tierra y todo lo que en ellos habita. Después se hizo carne en Jesucristo. Jesús reveló la gloria de Dios Creador, enseñando, revelando el proyecto del reino de Dios, curando y haciendo milagros. Es la acción del Espíritu encarnado en Jesús.

Lo mataron a Jesús, resucitó. Dios viene ahora con su Espíritu, que no puede ser aprisionado por el poder del mundo. Es el Espíritu Santo que crea el pueblo de Dios, la Iglesia, inspira a vivir y actuar de acuerdo con la voluntad de Dios en el mundo...El soplo de la vida, que ahora se derramó sobre los discípulos, hizo nacer la Iglesia que es el cuerpo de Cristo visible en el mundo...La historia de Pentecostés retoma los aspectos de la naturaleza, con la presencia del viento y del fuego. Pentecostés es ahora la nueva alianza, la nueva ley; el Espíritu Santo. El Espíritu Santo que viene adelante y prepara el pueblo de Dios para que los cristianos seamos llamas de fuego prendidas que brillen y lleven vida a la creación de Dios que gime y sufre. (adaptado del texto sobre Pentecostés de Werner Kiefer)

2. Un cuento de Pentecostés (por G. Oberman)

Se acercaba la fiesta de Pentecostés y toda la congregación andaba a las corridas organizando un culto especial. Todo marchaba perfectamente, hasta que a la señora del pastor se le ocurrió preguntarle al marido: "¿Decime, che, dónde quedó el Espíritu Santo?"

"¿Cómo que dónde quedó?", preguntó el pastor,

"¿Acaso no lo tiene la congregación?"

No, la congregación no sabía nada.

Unos a otros comenzaron entonces a interrogarse:

"¿Qué fue lo último que hicimos con esa llamita de vida? ¿La tiene usted, la tengo yo?" ¡No! ¿Pues entonces quien la tiene? "Ya se", recordó alguien de repente, "el consistorio (o comisión o junta directiva) la guardó bajo llave en el archivo para que nadie la robe y para que no se apague..."

"¡Bien hecho!", exclamaron todos. Y allí se fueron hasta el armario, abrieron la cerradura y, ¡oh sorpresa!, la llamita se había apagado....

Tanto encierro le había quitado el aire que necesitaba para seguir ardiendo. Aquella celebración de Pentecostés fue una celebración triste en la ciudad de nuestra historia. Ni siquiera los cantos de los fieles, ni el mensaje elaborado del pastor lograron disimular la ausencia de la llamita. Durante un largo tiempo los miembros de la congregación se preguntaron en qué habían fallado, por qué la llamita se había extinguido si ellos con tanto cuidado habían querido conservarla. Pero nadie parecía tener la respuesta...

Hasta que un domingo, algo muy lindo pasó en esa comunidad.

Fue como que volvía la vida...

Un miembro levantó sus ojos y vio justo frente a sí a un hermano a quien nunca había podido perdonar. Se puso en pie, se acercó a él y lo abrazó. Y la llamita de la fraternidad se encendió en el corazón de ambos. Una anciana vio a los jóvenes que, desde el último banco acompañaban con palmas una canción, e intentó comprenderlos. Sus manos se unieron al ritmo alegre y brillaron sus ojos. Y renació en su espíritu el calor de la emoción.

Y un joven que entraba al templo se encontró con un abuelo que oraba en silencio. Y lo respetó, acompañó su oración y comprendió que en la iglesia debe haber lugar para todos y que estar juntos es hermoso.

Ese día percibió en su interior algo que no había sentido nunca antes. Era como un fuego que quemaba... Una persona que nunca había prestado demasiada atención al sermón, que venía a la iglesia por tradición, escuchó al pastor y pensó: "no es tan loco esto de venir a la iglesia". Y sintió en su pecho el calor de una brasa que se encendía. Otro miembro, al salir del culto, reparó en aquel niño que siempre jugaba allí los domingos y que parecía tan solitario. Y se detuvo y le preguntó cómo se llamaba y si necesitaba algo. Y también en su corazón comenzó a arder una llamita.

Un padre de familia decidió, desde entonces, apagar el televisor a la hora de cenar y comenzar la reunión familiar con una oración. Y aquella noche fue diferente y nació un nuevo calor en aquel hogar.

Alguien decidió invitar a sus vecinos a reunirse un día de semana para orar y leer de la Palabra de Dios. Hasta entonces no lo habían intentado. Y la llama no tardó en hacerse presente, avivando aquella iniciativa.

Una pareja se sintió movida a trabajar con los más necesitados de la zona. Hacía mucho que nadie se ofrecía. Y se reanimó el fuego de la solidaridad que amenazaba con apagarse. Los miembros comenzaron a visitarse con más frecuencia y pronto quisieron reunirse no sólo los domingos sino también durante la semana. Cada encuentro se transformaba en una fiesta. Y surgió la llama de la hermandad, la camaradería y la comunión.

Pasó un año. Llegaba otra vez la fiesta de Pentecostés y la congregación empezó a organizar nuevamente un culto especial. Esta vez nadie preguntó por el Espíritu Santo. En cada corazón

se había encendido una llamita y todos sabían ahora que para que ésta no muriera no había que encerrarla nunca más.

Había que alimentarla todos los días con un combustible muy especial.

Y, si a usted se le ocurre preguntarles con cual, seguramente le responderán como me respondieron a mi: "no se compra ni se vende; se recibe cuando el alma está dispuesta y la vida presta a ofrendarse con amor".

El domingo de Pentecostés, un fuego intenso ardió en aquella congregación.

¿Arderá también en nuestra iglesia?

No si primero no se ha encendido en mi corazón ni en el suyo.

3. El Pentecostés entre nosotros

Hoy, esta "fiesta de la cosecha" en nuestra comunidad tiene que hacerse por la proclamación y el anuncio, y estos relacionados con los frutos de nuestro trabajo. En este momento en el que celebramos el Pentecostés debemos mirar para nuestra Iglesia y preguntarnos: ¿Hemos escuchado el llamado del Espíritu Santo y transformado nuestra fe en servicio, ofreciendo así los frutos de nuestra fe para la comunidad cristiana? ¿De que forma el Espíritu Santo ha actuado entre nosotros? ¿Que frutos podemos cosechar de nuestra acción cristiana?

Contestando estas preguntas con sinceridad, mirando para nuestra cosecha es que podremos celebrar la fiesta de Pentecostés!

Rev. Inés Simeone

La Iglesia Metodista en el Uruguay cumplió 130 años en 2008. Su organismo máximo es la Asamblea General que se reúne cada dos años. Entre Asambleas el organismo directivo es la Junta Nacional de Vida y Misión constituido por laicos y pastores o pastoras electos en la Asamblea General. Su actual Presidente es la pastora Inés Simeone.

Comisión de Comunicaciones
San José 1457 - Montevideo, URUGUAY
(+5982) 413-6552 / 413-6554